

## **Eso & más.**

*Rober Díaz\**

*A Mariana Niembro*

Constantemente viajaba de la ciudad de Oaxaca al D.F. Siempre, aunque tuviera dinero para irme en camiones de segunda, elegía los de tercera clase. Eso me hacía sentir parte del pueblo, de alguna forma solidarizado con el destino de la mayoría de mis paisanos. Mas todo cambiaba cuando ya estaba arriba del autobús. A veces olía a jabón y cloro, entonces yo estaba muy contento, pero otras, olía poco menos peor que si lleváramos un par de cerdos arriba. Por eso, regularmente escogía los asientos delanteros, a pesar de que me hubieran repetido una y otra vez que si se llegaba a desbarrancar el camión, al que primero se le iban a salir los ojos por el impacto, iba a ser a mí. Y era precisamente la mayor virtud de viajar por esa línea. No era segura. Entre tanto yo sentía que me arriesgaba, que tal vez no regresaría a casa, que no llegaría a mi destino, que la noche podía ser más intrépida y no un simple periplo en el que nada se ponía en juego.

El viaje regular de la antigua Antequera a la ciudad de México se reduce a seis horas, claro en los “guajoloteros” que yo había elegido la epopeya podía alargarse hasta ocho horas. Pero como mi intención no era de ninguna forma llegar rápido, sino sólo viajar de la manera más modesta y aventurera posible, el tiempo era lo de menos. Lo que siempre me preocupaba era la creciente animadversión que me agolpaba al tomar el camión. De ver la central de donde salíamos. Un aglomerado semi circular de cemento sin pintura, lata oxidada por techo, en la que, sus andenes, no habían alcanzado asfalto; hubiera bastado con una capa de cemento barato o de chapopote de segundo uso. La salida ya implicaba una prueba para las suspensiones de los autobuses que dado el bajo precio de los pasajes y por consiguiente el casi nímio mantenimiento que recibían, era probable que fueran derrotadas por un camino, sólo de donde se estacionaban a la salida de la terminal, lleno de huracos pequeños, hondonadas ovoides, agujeros atiborrados de basura, oblongas oquedades y hoyos alargados formados por la última temporada de aguas. Es que no faltaban guijarros y hasta boñigas había.

Adentro, los pasillos estaban inundados por cartones donde pasaban la noche tapados con cobijas o con periódicos, campesinos vestidos en manta que venían de los pueblos vecinos a ofrecer sus productos, albañiles que portaban en su ropa manchas de mezcla, señoras con bebés amarrados a las espaldas, niños desnutridos, ancianos a los que apenas se les veía el rostro de tanta arruga, que no tenían para un cuarto de hotel, que a la vez la necesidad, los dejaba a la intemperie; posibles presas de la delincuencia a la que en Oaxaca también puede llamarse hambre. No puedo asegurarlo, pero puedo afirmar haber visto gente con intenciones no muy decentes. Sospecho que para los que pasaran la noche ahí, existía un submundo, un mercado negro lleno de ofertas que gravitaban alrededor de comida insalubre, sexo barato y drogas éticas. Cualquier triquiñuela destinada a hacerse pasar por un medio de subsistencia, que para el ambiente lleno de miseria se convertía realmente en eso: la única forma de vivir un día más. La regla del más fuerte y sino la del más hábil operaba secretamente en esa central. Por supuesto no voy hablar de los baños que hedían a no menos de tres metros, que si se decidía a entrar superando la prueba de olor, dentro, el espectáculo se convertía en un acto verdadero de coprofilia involuntaria.

Por supuesto que más que una mortificación, las salidas de Oaxaca me ofrecían un espacio de indignación y de frustración, incomparable. En ese momento todos mis pensamientos se volcaban a pensar en las soluciones y en los castigos que deberían recibir los culpables de tanta injusticia

Primero me iba sobre el gobierno y todo terminaba cuando mentalmente les organizaba una revolución inesperada. Luego pensaba en los empresarios hijos de puta, acaparadores, especuladores y usureros, a los que con la sencillez de cambiar las formas de producción los ponía de rodillas. Para terminar señalando a los curas y a la religión como una forma de mantener en la ignominia al pueblo. Esta línea inevitablemente me llevaba a Dios y me daba cuenta que en ese instante me había perdido, que había dejado de ser objetivo. Si no existe, -me decía- no puede ser culpado. Descendía entonces un poco y mi fuero interno hacia revista de aquellos espectros frente a los que nada o casi nada se puede hacer. Inevitablemente todo se concentraba en los Estados Unidos. Para ese momento me convertía en el redentor de los males, en el político-filósofo que dirigía ya no una constitución nueva, si no que me endilgaba el inicio de un cambio multinacional. Esto por supuesto era muy cansado. Redimir al mundo me

costaba aproximadamente dos horas. Dormirme satisfecho por mis acciones imaginarias, diez minutos.

Sucedió que ya dormido luego de mi repetitiva rutina onírica -trascendental, un neumático estalló o explotó, digamos que se hizo mierda de una forma aparatosa, el camión se desestabilizó por unos momentos. Alcancé a escuchar algún sollozo de temor, imagino que la mayoría íbamos dormidos y que para todos fue una sorpresa. Por los movimientos del chofer, no fue exactamente sencillo tener la situación bajo control pero en suma, no pasó nada. Tal vez algo; para el momento en que se vivía el alboroto, en el camión, yo vi afuera a un hombre, un bulto o una sombra que no hizo el menor caso a nuestra tentativa de accidente, caminaba a un lado de la cuneta de la autopista, entre la maleza y los matorrales, lo vi un breve momento, dos segundos y eso gracias a que el chofer tuvo que descender la velocidad e ir paulatinamente parando la unidad. Eso ocurrió (nuestro alto total) unos treinta o cuarenta metros después de la ponchadura. Lo bueno fue que estábamos a punto de llegar a una caseta de cobro. Bajamos, era previsible que la parada no fuera a ser breve. Me adelanté hacia la caseta donde unos puestos ofrecían café y cigarros, tomé, fumé y pensé sobre la sombra que creí ver. Hice unas conjeturas:

- 1.-Venía de una fiesta ebrio (por eso no volteó) caminaba a su casa que estaba cerca de la autopista (por eso caminaba por la cuneta a altas horas de la madrugada) Era infeliz (soy un perro pesimista) y una mujer horriblemente gorda lo esperaba en casa, lista para recordarle lo hijo de la chingada e irresponsable que era. Esta conjetura no me satisfizo.
- 2.-Un fantasma, un sin cuerpo, un ente que va adquiriendo paulatinamente conciencia de que ahora se encuentra en otra dimensión, que no lo acepta y por eso ha decidido mantenerse en las orillas de los caminos. Para atosigar a los autostopistas, para hacer apariciones en medio de los viajes, como copiloto. Mostrándose de repente y enseñando una sonrisa atiborrada de gusanos, con moscas colgadas de los cabellos, algo así como una liana llena de granos y un hedor bullicioso, una aroma a vomito hirviente, lanzando sonidos pequeños, cacofonías insinuantes o sorpresivamente, gritos estridentes. Quiere un sitio, una curva, un kilómetro que alcance leyenda, donde se diga aquí murió fulanito de tal y su fantasma ronda entre las dos y las cinco de la mañana. En esta baya de contención quedó su carro y su cuerpo fue encontrado diez metros abajo. Lacerado, mutilado, quebrado, reducido a un saco de huesos casi informes. Faltaron hombres para bajarlo de la rama sobre la que quedó apoltronado.

Pero el muerto es recuerdo y a pesar de que lo entienda o no, ha sido olvidado, tuviera un futuro prominente, grandes metas o una familia feliz. La fatalidad lo encontró antes que la gracia.

Hoy aquella desgraciada alma, hacia de las suyas y ponchaba también llantas, averiaba carburadores, vencía frenos, jodía velocidades. Seguro que estaba cerca, es más, dejé de dudar que me pisara los pasos, que de la negritud del monte podía desprenderse y hacerse presente en cualquier momento. Tuve miedo. Sentí un temblor general en el cuerpo y me acerqué a los chóferes que batallaban para echar a andar aquel artefacto. Estaba otra vez arrugándome, juzgando la vida por su inicua distribución de dichas, por el contradictorio devenir en el que nos sumergía. Gente buena moría no? Un presentimiento, que me decía que todo estaba perdido y era nebulosamente un misterio del que sólo se podía esperar un desenlace trágico, me embargó. Mi tribulación, me dejó triste.

Delante del auriga, imaginé una tercera posibilidad. Recordé la tonada de una canción de *Pearl Jam* llamada *Footsteps*. Eddie Vedder algún día la concibió junto con otras dos canciones como una trilogía que básicamente hablaba de un hombre que había salido de la cárcel y no tenía a donde ir. Así lo veía yo, un hombre que lo había perdido todo sin habérselo propuesto, la contingencia y un cúmulo de casualidades lo habían llevado a quedarse sólo en una cárcel, de la que no había salido sino después de diez años. La mujer lo había abandonado, la familia no lo visitaba y nadie creyó en su inocencia. Fuera o no inocente, la virgen fue su único consuelo. Jurando que si salía, el primer lugar al que iría sería a “la villita”; la promesa estaba comprometida a hacerse a pie. Es por eso que iba ahí a esa hora y nada lo pararía, ni nada lo entretendría. No había que recuperar, no había que buscar, sólo reiniciar, o continuar lo que había interrumpido. Aquella renuncia forzada, lo colocaba frente a un nuevo significado del mundo. Ni modo, tendría que inventarse un motivo para existir. Pensé que caminar en medio de la noche y a un lado de la carretera, era un buen inicio. Tenía que cumplir su promesa. Era en suma; una aventura, su aventura. Él la tenía yo no. El tenía un motivo, yo no. Pero él no sabía que me hacía sentir mejor saber que yo había descubierto sus móviles mas internos. Por lo menos los había inventado brillantemente.

Me prestaba a subir al camión, una vez más, complacido por haber llegado a una buena solución mental. El final feliz y el café que me acababa de tomar me dieron ganas de

orinar. Nada como rematar cualquier historia con una buena meada. Fui hacia la oscuridad que era más densa unos cuantos metros atrás del autobús. Fue cuando vi al bulto caminando hacia nuestro óbice. Quedé helado y no pude moverme. Aquella figura se acercaba a mí, de forma trabajosa. Del hombro derecho le colgaba un saco beige oscuro, del hombro izquierdo un bolso blanco, un par de zapatos negros, que amarrados por las agujetas pendía de su cuello se abigarraban con un par de audífonos blancos que le pendían de los oídos. Veía al suelo. Volteó a verme. Repetía: Micaela, háblale a Micaela. Cuando decía esto, iba arrancándose los audífonos con la mano izquierda y los extendía hacia mí. No supe que hacer, sólo me quedé con lo que era una memoria o un disco duro. Nunca se dejó de tocar el estómago ahí parecía que la mano derecha la tenía pegada al cuerpo. Se desparramó dejándome en las manos el pequeño equipo de sonido y un líquido viscoso. Claro, era sangre. Reaccioné un poco creo (no sé si me toqué la cabeza, si me rasqué la barbilla o me subí la bragueta) mientras lo veía, él caía completamente al suelo, insonoro, creo que completamente inconsciente...Corrí hacia el autobús. De frente a los chóferes no pude decir nada, ellos se me adelantaron, diciéndome: -Ya está hijo súbete, nos vamos-No pude decir nada .Y me subí. De verdad no supe que hacer, no puedo explicarlo. Sólo no pude decir nada. El aparato estaba manchado de sangre y yo afanosamente lo limpiaba con un papel, haciendo lo mismo con los restos que quedaban en mis manos. Arrancamos. No dije nada. La única canción guardada en el aparato de sonido no me era indiferente la conocía, era de Joan Sebastián no recuerdo el nombre pero el estribillo decía algo así:

Cruzaré los montes, los ríos, los valles \ por irte a encontrar \ salvaría tormentas, ciclones, dragones, sin exagerar \ por poder mirarme en tus ojos bonitos y vivir la gloria de estar a tú lado \ porque en mi siento que te necesito \ que me he enamorado...

Y yo no dije nada. Diez minutos después, estaba durmiendo.

\*Rober Diaz é finalista da Licenciatura de Ciências Políticas na UNAM (Universidade Nacional Autónoma do México) com a tese “*O Conceito de poder em teoria de sistemas: Relação entre a pós-modernidade e o terceiro mundo*”. Ganhou um concurso de banda desenhada filosófica na ENP 9 em 1999, com a obra “*El suicídio en la obra de E. M. Cioran.*” Obteve o primeiro lugar no Concurso Internacional de Cinema em Super 8 “*Douro Film Festival*” 2008. Colaborou como correspondente em Portugal da revista de publicação electrónica LIEX. Foi formador assistente do distrito 9 do IFE nas eleições presidenciais de 2006 no México. É membro da resistência civil pacífica que se sucedeu à fraude eleitoral do mesmo ano. Actualmente vive em auto exílio na cidade do Porto, onde trabalha em tradução literária.